La Luz de Nimarïel

Cien memorias bajo el acantilado

Luis Baizán

Safe Creative © Todos los derechos reservados

Editado por LDB, 2019

www.luisbaizan.com

Facebook: facebook.com/luisbaizanescritor

Instagram: luisbaizanescritor

Twitter: @luisbaizan

A los valientes que enfrentan sus propias batallas.

Encendí un farolillo junto a mi lecho.

Era todavía temprano. Pero una vocecilla se había colado en mi cabeza y no la podía sacar para seguir durmiendo. Pensaba que era parte de un sueño. Sin embargo, seguía ahí tras despertar.

Puse los pies en el suelo y me levanté. Aquella voz procedía del exterior. No pertenecía al anciano. Había alguien más en la ciudad. Me acerqué a la puerta y, con mucho sigilo, la entreabrí.

Era una muchacha. De pie. Frente a la casucha donde yo me encontraba. Sostenía en las manos algo parecido a un mapa. Y cuchicheaba sola, leyendo arriba y abajo el papel.

Tenía el cabello castaño y la piel blanca. No más alta que yo. Debía tener mi misma edad o dos, quizá tres, años más.

— ¿Vas a ayudarme o te vas a quedar pasmado en la puerta hasta que amanezca?— preguntó sin levantar el mentón.

Cerré la puerta y corrí al lebrillo para lavarme la cara. Calcé mis botas con rapidez. Después abroché los botones de mi camisola. Abrí de nuevo. Pero esta vez de par en par.

— Buenos días— saludé.

— Encantada, chico— dijo ella mientras se acercaba para extender su mano y estrecharla, sin dejar de mirar el mapa.

Su piel era tan suave como la seda de una reina. Y olía muy bien. Debía tomar baños de orquídeas con frecuencia. No como los pocos chicos de mi aldea, quienes temían tanto al agua como de la vara un niño revoltoso.

Al fin levantó su mirada hacia mí y pude ver sus ojos. Eran verdes y brillantes. Tenía una cicatriz en la frente que llamó mi atención. Ella se dio cuenta y soltó mi mano con presteza.

— ¿Es un mapa?— cuestioné.

— Un plano de la ciudad.

— ¿Un plano de esta ciudad?— repetí con torpeza.

— Pues claro— asintió—. Míralo tú mismo.

Me entregó el papel arrugado y comprobé que estaba en lo cierto. Unas líneas oscuras dibujaban aquí y allá todos los rincones del lugar. Calles, plazas, torres…Y hasta contenía esbozos de los cuatro centinelas o las barcazas del puerto.

— ¡Es fascinante!— exclamé—. ¿Cómo lo has conseguido?

— Me lo regaló mi tío la última vez que vine— respondió.

— ¿Tu tío?— dudé por un momento—. ¿Te refieres al anciano?

Pero antes de que pudiera contestarme de nuevo a otra de mis preguntas, el viejo brotó de la nada.

— ¡Lasha!— aulló el hombre—. Hace meses que no sé nada de ti.

Ambos se fundieron en un sentido abrazo.

— He estado enferma durante semanas. Pero ya estoy sana como una manzana.

— Echaba de menos tu sonrisa. ¿Has desayunado?

— Algo de pan mientras venía hacia aquí.

— El día puede ser muy largo con el estómago vacío, sobrina.

— Me queda jamón seco…— dije casi susurrando.

El anciano me miró con una sonrisa.

— Veo que ya has conocido al visitante. Lleva un tiempo viviendo en Balandria.

— ¿Viviendo?— vaciló—. Creía que no hacías excepciones.

— Él es diferente.

La joven cruzó los brazos y me observó desafiante, aunque solo estaba fingiendo estar celosa.

— Casi amanece, entremos dentro. Voy a calentar leche— manifestó el viejo—. Se me está ocurriendo un buen plan, pero desayunemos primero.

Nos sentamos en una mesa redonda que se apostaba cerca de mi catre. Y mientras su tío hervía la leche en la chimenea, ella me mostró el plano de nuevo. A la luz de la habitación parecía todavía más extraordinario. Descubrí nuevos detalles y algunos emplazamientos me resultaron muy familiares: el pozo, la fuente, los acantilados, la posada…Además de otros lugares que desconocía. Entonces comencé a preguntar:

— ¿Qué significa este dragón de dos cabezas en la plaza de los centinelas? ¿Y el búho encima de la torre? ¿Por qué hay mujeres con cola de pez dibujadas en el mar?

— Demasiadas preguntas, chico.

— Te repito que es diferente— le indicó el anciano mientras vertía la leche en unos cuencos.

— ¿Cuántas memorias has leído?— consultó tras dar un trago.

— Unas doce o trece— apunté.

— Saca el jamón— me aconsejó el hombre—. No quiero tomar la carne con la leche fría.

En cuanto hube puesto el jamón en la mesa, relaté a la muchacha mis aventuras en la ciudad.

— No he leído el libro dentro del pozo y tampoco el de las criaturas con plumaje negro. Los demás sí.

— ¿Has conocido a la doncella?

— Es una dama muy simpática y canta de maravilla.

— ¡Quiero saber dónde hay más memorias sobre ella!— exclamé sin pensarlo.

Lasha sonrió y miró de soslayo a su tío.

— Díselo— añadió éste sin dejar de comer.

— En esta callejuela— indicó en el mapa—. Bajo una trampilla de madera.

La cara debió de iluminárseme, porque la joven soltó una carcajada.

— ¿Habéis estado en unas justas?— demandó el anciano tras sacarse un libro del interior de su sayal.

— El condestable celebra las suyas en honor a su hija todos los años—declaró su sobrina.

Yo me encogí de hombros. Jamás había presenciado ninguna.

— Estas justas son especiales. Ya veréis el porqué. Vamos a entrar los tres.

— Va a ser divertido conocer a más de una persona en la memoria— apuntó la chica.

Puse cara de concentración.

— Recordad que debemos leer a la vez— ordenó el viejo guiñándome un ojo—. A la de tres.

Abrió el libro por la primera página escrita y tomamos aire para comenzar. Uno, dos, tres…

— *La trampilla de hierro comenzó a levantarse poco a poco delante de nosotros. Todo estaba listo para el desfile. Olía a estiércol y la luz era pobre allí dentro, pero pronto nos llegó la claridad del exterior. Las bestias que nos llevaban bufaron con fuerza…*

No veía bien y el cuerpo, de cintura abajo tembloroso, me pesaba. Pronto descubrí que llevaba armadura y montaba sobre un caballo. Alcé la visera de mi yelmo. Me encontraba en un lúgubre corredor que poco a poco perdía sus sombras. A mi derecha iba otro caballero. Y delante dos más. Giré la cabeza hacia atrás. No sin mucho esfuerzo. Atisbé a unos doce hombres igualmente formados. Todos ellos bien armados.

— ¡Azuzad vuestras monturas!— gritó alguien al final de la galería—. La gloria os espera y la gente quiere ver sangre.

El caballero a mi diestra rio nervioso. Luego volteó su testa hacia mí y preguntó:

— ¿Es tu primera vez?

Negué con la cabeza.

Los caballos fueron al paso. Entonces pude escuchar grandes vítores y aplausos. Venían de fuera. E iban aumentando a medida que nos acercábamos a la salida del corredor. Cuando sobrepasamos el umbral, la luz del sol cegó mis ojos y bajé la visera. Nos hallábamos en la arena de una gigantesca plaza circular. Tras esta se alzaban imponentes montañas, tan espigadas que parecían cerrar el cielo bajo nuestras cabezas. Había gradas, abarrotadas de gente gritando, que nos cercaban. El ruido era ensordecedor.

La comitiva de caballeros en la que me encontraba cesó su avance al llegar al centro de la plaza.

— ¡Bajad y saludad a vuestro rey!— exigió un hombre rechoncho de muy malas maneras. Era el mismo que había bramado dentro de la galería.

Casi me caigo al descender del animal. Para mi fortuna, un mozo estaba preparado para ayudarme a bajar.

— Tenga cuidado, Sir Thorey— me dijo con atención—. Todo el pueblo ha venido a verlo desde sus tierras y dudo mucho que quiera ser el primero en morder el polvo.

— ¿Dónde están sentados?— demandé.

El muchacho señaló una parte de la grada frente a mí. Hice un ademán para saludarlos y me correspondieron con un extraordinario aplauso. El gesto me alentó muchísimo.

Me encaminé para rendir pleitesía al monarca con el resto de combatientes. La familia real se acomodaba en unos butacones con vistas inmejorables para disfrutar de las justas.

Nos pusimos en fila frente a ellos e hincamos la rodilla derecha en la arena para ejecutar la reverencia. Todo el mundo enmudeció. Cuando me fijé en la cara del rey, solté media carcajada. Era el viejo de Balandria.

— ¿Qué te hace tanta gracia?— consultó el único caballero, para mi suerte, que se había percatado de mi risa.

— Se me ha quedado dormida la pierna— respondí.

El anciano vestía unas telas de seda con estampados de leones rampantes. Hasta tenía corona y cetro.

— ¡Valientes caballeros y señores!— rugió con solemnidad—. ¡Llegados de lejanas y cercanas tierras! Os saludo con alegría y encomiendo vuestras destrezas en la arena a la virtud de que todos podamos disfrutar.

La gente volvió a romper en vítores mientras retiraban nuestras monturas de la plaza por donde habíamos salido.

— ¿Por qué se llevan los caballos?— dudé en voz baja.

Unos tamborileros, ubicados en diferentes espacios de las gradas, hicieron sonar sus instrumentos con fuerza para que la muchedumbre callase. Después sonó un cuerno desde lo más alto de la plaza y el centro de la arena se abrió para dar paso a una enorme pendiente.

— ¡Contemplad a las bestias del pasado!— bramó un bardo a la izquierda del monarca—. Gozad de su fortaleza y obediencia a nuestros caballeros, quienes han logrado domarlas para brindarnos una feroz lucha en el día de hoy.

Después de esto, escuché gran sonido de cadenas y la tierra tembló bajo mis pies.

Unas criaturas escamadas emergieron de la rampa. Tenían pequeñas alas en sus lomos y unas faces que aterraban. Dientes afilados. Ojos de zafiro. Grandes garras en sus cuatro patas.

— Son dragones…Crías de dragones— musité.

Los mozos que antes nos habían ayudado a bajar de los caballos las conducían hasta nosotros. Eran escuderos.

Entonces vi cómo los caballeros iban a su encuentro y subían a la grupa de las crías. Los muchachos soltaron las cadenas.
Un dragón de color azul y cabeza achatada mugió delante de mí.

— Acaba de comer cuatro barriles de carne— apuntó mi escudero mientras desasía el enganche de las cadenas.

Rodeé a la criatura y aprecié su belleza. Luego subí de un salto a su lomo. Había un cómodo fuste en el centro de su espinazo.

— Gracias, muchacho— manifesté desde arriba.

— Siempre para servirle, Sir Thorey.

Los tambores sonaron de nuevo y el bardo comenzó a gritar de nuevo:

— ¡De la distante Sejnia, lugar de misterios y prodigios, llega el caballero Sir Lorhaj!— el hombre de armas llevó a su dragón a un lado de la arena—. ¡Quién se enfrentará al campeón Sir Hukur de Nalirya, tierra de bosques infinitos y praderas agrestes! ¡El último en quedar sobre su dragón, ganará el combate!

Tomando las riendas de mi cría logré apartarla hasta un rincón de la plaza, donde también descansaban los restantes caballeros.

La corneta volvió a sonar para dar comienzo a la lucha.

El dragón de Sir Lorhaj partió presuroso al encuentro de su oponente, quien no se movió un ápice pese al rápido avance del otro. Cuando estuvieron a punto de darse de bruces, la bestia de Sir Hukur brincó hacia arriba y el otro dragón tuvo que detener su carrera. De otro modo hubiera terminado aplastando a parte del graderío.
La multitud aplaudió el hábil movimiento, pero gritó de espanto cuando el caballero de Nalirya descendió con su espada sobre Sir Lorhaj, quien nada pudo hacer para evitar ser presa de las garras del dragón rival.
La bestia de Hukur retozó con el hombre de Sejnia por toda la arena.

— ¡Y ya tenemos al primer ganador!— anunció el bardo—. ¡Sir Hukur de Nalirya!

El viejo de Balandria dio un salto de su lugar y aplaudió con vigor. A su lado se hallaba una niñita de largo cabello, que debía tratarse

de su hija, portando una singular espada. Ella cruzó los brazos y puso cara de enfado. No había ganado su caballero.

Cuando hubieron librado a Sir Lorhaj de las garras, tenía el cuerpo ensangrentado. Pero aún continuaba vivo.

— Hukur es un mentecato— declaró un caballero de yelmo dorado y montado sobre un dragón rojizo a mi izquierda—. Lleva a sus rivales hasta el borde de la muerte. Alguien debería darle un escarmiento.

Me encogí de hombros.

— ¡Y ahora disfrutemos del siguiente combate!— continuó el juglar—. ¡Desde la bella ciudad de Márdenas, y siendo su primera justa draca, luchará por ser campeón el caballero Sir Murtheg!

Una cría negra de dragón salió trotando del grupo hasta colocarse en un flanco de la arena. Después soltó un molesto quejido que hizo retumbar toda la plaza.

— ¡Y desde la hermosa Dorlenia, región de ríos y lagos rojos, viene Sir Thorey!— el corazón me dio un vuelco—. Hijo de Nathiador, uno de los tres señores justos.

Todos los habitantes de mis tierras pegaron un salto de sus asientos y aplaudieron en grito. Tiré de las bridas que controlaban a la bestia y la llevé hasta el lado opuesto de la arena.

La corneta volvió a sonar.

Mi rival hizo que su dragón avanzara en círculos. Yo me quedé quieto. El graderío animó a mis espaldas.

Entonces descubrí una lanza pegada al fuste y la saqué. Su punta estaba más afilada que una piedra de ostión.

Sir Murtheg detuvo su criatura a mitad de camino y se levantó con espada en mano.

— Vamos, pequeño— ordené susurrando.

Mi cría dio una vuelta sobre sí misma y corrió al encuentro de mi adversario. La gente enloqueció.

Justo antes de llegar hasta el caballero de Márdenas, el dragón paró en seco y salí despedido. Aleteé por los aires con lanza en mano hasta caer encima de Sir Murtheg. Rodamos por la grupa de su bestia hasta besar la arena. Ambos a la vez.

Nuestros dragones se husmearon los hocicos.

— ¡Qué continúe el combate a espada y lanza!— exigió el bardo mientras su soberano asentía sonriente.

Me dolía la espalda y había perdido tanto el yelmo como las grebas en la caída. El público aplaudió con entusiasmo.

— ¡Hagamos que valga la pena, chico!— exclamó mi oponente a la vez que se despojaba de su casco.

— ¡Lasha!— dije sorprendido—. Eres tú.

La joven sonrió.

Agarré mi lanza con fuerza y doblé las rodillas.

— ¿Esperas a que yo ataque primero?

Fruncí el ceño sin contestar. Ella tomó impulso y se abalanzó hacia mí, bajando tal espadazo que rompió la lanza. Entonces miré al bardo en señal de rendición.

— ¡Sangre!— gritó un hombre a mis espaldas.

— ¡Sangre!— repitieron los de su alrededor.

El monarca sacó un pañuelo de color púrpura y el gentío bramó excitado. Estaba de acuerdo con ellos.

— No te preocupes, chico— explicó la sobrina del viejo mientras levantaba su arma—. Pronto te hallarás en Balandria.

Y cuando el filo de su espada casi hubo atravesado mi coraza, los dragones mugieron al cielo y éste se oscureció con nubes negras. Los murmullos corretearon por aquí y por allá. Muchos comenzaron a dejar su asiento en las gradas.

— ¿Qué ocurre?— pregunté a la joven.

— Nada bueno. Vayamos con mi tío.

Cruzamos toda la plaza para llegar hasta el rey, que permanecía impasible en su butaca junto a la joven princesa.

— ¿Sabías que iba a ocurrir esto, no?— demandé al verlo.

Un rugido desde los nubarrones retumbó nuestros oídos. Alcé mi vista y contemplé cómo un gigantesco monstruo alado descendía con furia. De sus fauces iba soltando fuego.

— Nimarïel, la espada— habló a su hija.

La niña se levantó y bajó hasta mí para entregármela.

— Tiene nombre— anunció con emoción—. Se llama Luz.

— Rápido, muchacho. La madre de los dragones calcinará toda la plaza si no haces algo— señaló su padre.

Abrí los ojos de incredulidad y me di la vuelta hacia la arena. Aquella dragona estaba cada vez más cerca.

Sentí el calor de su presencia. La multitud no paraba de corretear de un lado hacia otro como una hilera de hormigas recién pisoteada.

— ¡Frota el pomo bajo la empuñadura!— gritó la niña mientras me acercaba a las crías de dragón.

Observé la espada. Su forjado era diferente a las otras que había visto antes. Su hoja era tan estrecha como ligera. La guarda imitaba cuerdas anudadas hasta la empuñadura. Y bajo esta, había un pomo del tamaño de una ciruela madura.

Llegué junto a las crías y levanté la espada al cielo. El engendro venía de cabeza hacia mí. Apreté los dientes y encogí el rostro de temor. Entonces froté el pomo.

Una luz fascinante salió desde la punta de mi arma hasta clavarse en los ojos de la dragona, quien sacudió la testa y desplegó las alas para detener su envite. Después apunté a su pecho. Comenzó a soltar llamaradas por la boca hacia todos lados.

Sobrevoló la plaza y se posó en la cima de la montaña más cercana para guarecerse mientras yo insistí con aquella luz. La espada entera resplandeció.

— Esta arma es fabulosa— musité.

Las nubes negras se disiparon y el sol brotó con fuerza. La criatura exhaló su último aliento. Sus escamas palidecieron y cayó ladera abajo.

— ¡Larga vida a Sir Thorey!— chillaron desde las gradas—. ¡Nos ha librado de la muerte negra!

Bajé la espada. Todo el mundo corrió hacia mí. Los más fuertes me levantaron y llevaron en hombros hasta el monarca.

— ¡Bien hecho, chico!— exclamó Lasha.

Sobrepasé el pretil que separaba la grada de la arena y me arrodillé ante Nimarïel. Le entregué la espada. El pomo aún seguía resplandeciendo.

Bajé la cabeza en señal de respeto. Pero cuando levanté el mentón, no me encontraba con ella. Ni en la grada de aquella majestuosa plaza. Ni mucho menos entre vítores y aplausos.

Había vuelto a Balandria. Con las rodillas hincadas en el suelo de madera de mi casucha y el viejo burlándose con su sobrina.

— ¿Eres tú el que me saca cuando quiere de las memorias?— pregunté al viejo con rabia—. Por una vez me gustaría hacerlo a mí.

Me puse de pie y salí de allí dando un portazo.

Era todavía mediodía. Así que fui a la playa. Había bajado la marea. Me senté en la orilla y cerré los ojos.

— Sí que has corrido, chico— me sorprendió Lasha—. ¿Puedo sentarme contigo?

— Deja de llamarme chico. Tengo nombre.

— Lo siento. Pensé que no te importaba que lo hiciera— aclaró sentándose.

— Tu tío se burla de mí cada vez que quiere.

— Es que ha sido muy gracioso verte de rodillas. Quieto y en silencio delante de nosotros.

— Pues no le veo la gracia. Creía que estaba con Nimarïel.

— Ya lo sé, pero hemos vuelto antes que tú…

— Deseo marcharme de esta ciudad— le interrumpí—. Pues comienzo a no saber cuándo leo y cuándo estoy aquí en realidad. Pero necesito saber la respuesta a los muchos enigmas que oculta esta villa. Las memorias me atrapan.

— Observa el plano. Trataré de disculparme contestando a las tres cuestiones que me hiciste esta misma mañana— dijo mostrándolo de nuevo—. El dragón en la plaza de los centinelas simboliza la lucha entre la maldad y la bondad. Por eso tiene un par de cabezas.

— ¿Y por qué en esa plaza?

— No lo sé— contestó sin dejar de contemplar el papel—. El búho indica un lugar donde se permanece atento a todo lo que ocurre. Por eso se halla en la torre.

— ¿Y las mujeres en el mar?— dudé señalándolas.

— Esas criaturas son…

— Sirenas— le interrumpió su tío, que había llegado sin hacer ruido—. Pero ya está bien de respuestas hoy. Mañana te hablaré sobre ellas y los centinelas de la plaza.

— ¿Y del gran libro?— demandó su sobrina.

— Y del gran libro.

La Luz de Nimarïel
Relato IX de **Cien memorias bajo el acantilado.**

Si te ha gustado este relato puedes encontrar más, y gratis, en mi web:
www.luisbaizan.com

Que el destino te sea grato.